



ANDREI LEVITSKI X ALEKSEI BOBL

TECNOSCURIDAD

VOLUMEN 3

LOS BÁRBAROS DE CRIMEA

timunmas

ANDREI LEVITSKI
ALEKSEI BOBL

TECNOSCURIDAD
VOLUMEN 3

**LOS BÁRBAROS
DE CRIMEA**

timunmas

CAPÍTULO 1

La luz diurna se derramó sobre mí. Sentí que una ola de dolor me recorría desde la coronilla hasta la nuca. Gemí, sin entender lo que me estaba pasando, me agarré la cabeza con las manos y palpé una herida en el cogote. Todo se mecía a mi alrededor; oía el fuerte salpicar del agua. El dolor aumentó. Bajo mis párpados veía círculos y, de repente, entre ellos pude distinguir una imagen: una habitación de techo bajo, una silueta borrosa encorvada sobre mí y un ruidoso aparato que soltaba chispas.

El ataque se me pasó. El dolor remitió, la imagen se esfumó y tras ellos sólo quedó una sensación de terror lúgubre y apagado. No había sido más que una reminiscencia, ahora me rodeaban otras cosas...

Tenía agujetas en el cuello y en los hombros, el pecho dolorido y la espalda acribillada a contracturas. Me di cuenta de que yacía en el fondo de una barca que se estaba llenando de agua. Las olas rompían contra la borda, a mi lado descansaba un fragmento de remo.

Llevaba puesta una camisa con las mangas arrancadas, un pantalón ancho y agujereado y calzaba unas sandalias de cuero basto muy desgastadas.

Apoyándome en los codos, me incorporé y el dolor en los riñones me hizo retorcerme.

Era de día y hacía calor; el sol se fundía con los grises y azules de la calima celeste. El agua borboteaba, se convertía en espuma junto a las

orillas rocosas y rebotaba en forma de fuente contra las peñas. Detrás de la barca, sobre un largo banco de arena, había una motocicleta parada; su motor echaba chispas y humeaba.

Completamente atónito, miré a mi alrededor. Un rabión arrastraba la barca, a la que seguían de cerca otras dos embarcaciones iguales. En la primera había una persona; en la segunda, dos.

No, no parecían personas. Eran unos gigantes de frentes altas y protuberantes, contrahechos, que tenían los brazos increíblemente gordos y las orejas aplastadas. Vestían chalecos y pantalones de piel. Dos eran calvos, de cutis grisáceo y arrugado; el que iba en la primera barca ostentaba una crin espesa y tupida. Sobre el hombro llevaba un cuervo grande y despeluzado.

Cuando me incorporé, el greñudo dejó caer el remo, agarró una cachiporra y, bramando, la agitó en mi dirección.

Eran los Bigardos; me vino a la mente. Los llamaban Bigardos. Eran hermanos, los había visto antes. ¡Pero tenían que ser cuatro!

El de la cachiporra y el cuervo en el hombro miró hacia la orilla y volvió a gruñir. Entre los árboles aparecieron algunas personas. Por delante iba una mujer joven y morena, en pantalón pirata, botas y chaqueta de cuero, de pelo muy corto y rostro intrépido. Lucía un tatuaje que se extendía desde el nacimiento del pelo, pasando por la sien izquierda y la mandíbula hasta llegar a la barbilla.

Uno de los mutantes de la barca de atrás levantó una lanza, la mujer a su vez enarboló su carabina. De debajo del corto cañón sobresalía una vara a la que había soldado por el mango una hoja de cuchillo de caza. Los hombres, que habían salido en avalancha a la orilla tras la mujer tatuada, también alzaron las armas; ella, sin embargo, volvió a guardar la carabina en una funda que llevaba a la espalda y se sacó de la cintura un objeto brillante, parecido a una pistola, pero con dos empuñaduras.

Cuando la mujer disparó, de la punta del cañón surgieron unos destellos y un incesante tiroteo se esparció por el río.

La lanza se clavó en el árbol junto a ella y cayó al quebrarse la punta. La tatuada resultó ser más hábil. Dos o tres balas impactaron

en el Bigardo, que se tambaleó. El otro intentó sujetarlo, pero no le dio tiempo y el herido cayó por la borda. El rabión atrapó el cuerpo, le dio unas vueltas y lo sumergió en el agua.

La extraña arma seguía escupiendo balas. Los Bigardos se tumbaron en las barcas mientras el cuervo alzaba el vuelo entre roncós graznidos. En la orilla sonaron los rifles al unísono, un eco se expandió por el pedregoso páramo que albergaba escasas ruinas y por el que serpenteaba el río. En el aire se formó una nube de plumas, y el pájaro se precipitó hacia el agua. Las otras balas impactaron contra los cascos de las embarcaciones; luego la corriente nos llevó cauce abajo y la gente nos siguió.

Apoyándome en el banco, me enderecé. Las barcas se estaban acercando a un despeñadero, tras el cual se desplegaba el cielo azul. No muy lejos de la catarata flotaba un dirigible. El recipiente de gas, envuelto en una malla de cuerdas, parecía estar hecho de jirones; además, la mayoría eran de colores diferentes, realmente abigarrados. En lugar de barquilla, llevaba la carrocería de un autobús forrada de hojalata con una hélice que giraba en la parte de atrás.

Los botes de los perseguidores se habían acercado. El Bigardo de pelo largo señaló con la estaca en mi dirección. Me agaché con rapidez y saqué de debajo del banco el trozo de remo. El movimiento brusco me provocó un dolor pulsante en la nuca, me bambolee y estuve a punto de perder el equilibrio. Apreté los dientes y, respirando con dificultad, reafirmé las piernas.

El mutante saltó, y lo recibí con un aparatoso golpe frontal. Aturcido, cayó por la borda. La segunda barca chocó contra la mía, y el Bigardo aterrizó dentro de ella, volcando al calvo. Éste, tras ponerse de pie, levantó una pequeña hacha por encima de la cabeza, pero le arrojé el remo, como si fuera una lanza, y también conseguí tumbarlo. Mi corazón empezó a latir frenéticamente; se me ofuscó la vista. Apoyé una rodilla en la borda y me golpeé con fuerza las mejillas para recobrar la razón.

Al borde del barranco, del agua asomaban unos peñascos mohosos hacia los que la corriente arrastraba la barca. El zurrido de la cascada

se hizo más fuerte; por encima de él se oyó el grito de la mujer tatuada, que corría por la orilla:

— ¡Albino!

El Bigardo se levantó y, gruñendo, alargó sus zarpas hacia mí. Apoyé un pie en la borda para saltar de la barca y asirme de un peñasco. La embarcación había alcanzado la catarata, la proa se asomó al precipicio y quedó suspendida en el aire durante un instante. Desde ahí se podía apreciar el panorama: el acantilado se extendía hacia los dos lados en forma de un inmenso semicírculo. Más abajo, el torrente de agua se dispersaba, como una lluvia susurrante que se precipitaba hacia la tierra del fondo, lejana y cubierta de grietas.

No pude impulsarme bien, las suelas resbalaban sobre la madera mojada del casco, pero, por lo menos, cuando la proa del bote chocó contra uno de los peñascos que sobresalían del agua, conseguí saltar sobre él. Las tablas rotas crujieron. Arriba aparecieron las barcas de los perseguidores, sus proas curvas también quedaron suspendidas durante unos instantes sobre el abismo y luego se inclinaron hacia abajo.

Automáticamente, di un paso hacia un lado y pisé el vacío. Ante mis ojos pasó el hocico desencajado del Bigardo melencoloso, las piernas del otro, una popa... Después las barcas, junto con los mutantes, se precipitaron al abismo y se disolvieron de forma casi inmediata en el espacio azul claro que se abría bajo mis pies. Y yo me quedé colgado de una roca larga, estrecha y muy prominente que sobresalía de la ladera.

La roca cortaba en dos la corriente de agua. Las gotas me salpicaban la cara, los dedos se me resbalaban en la piedra mojada. Me sentía mareado, mi cabeza estaba a punto de estallar, pero había otra cosa peor: ¡no entendía dónde estaba ni qué me estaba ocurriendo! No recordaba mi nombre. Ni mi aspecto, ni mi edad... Como si detrás de todo aquello hubiera un vacío negro del que me habían arrancado y me habían lanzado hacia ese día claro y soleado, ¡lleno de tanto peligro!

El aire estaba cargado de polvo de agua. Resoplando y atragantándome, me levanté a pulso y conseguí apoyar la barriga sobre la roca;

luego, a punto de despeñarme, me di la vuelta y me senté encima, de espaldas a la cascada, agarrándome a la piedra con los tobillos.

El dirigible se había acercado al barranco. En el costado del autobús-barquilla, unas letras grandes y torcidas, escritas con pintura roja carmesí, formaban una palabra:

CABOTAJE

«¿Cabotaje?» ¡Qué nombre más raro para una máquina voladora! Y no estaba ahí porque sí, sino que se acercaba a mí.

A la derecha, muy a lo lejos, en la ladera se abría un arco de curva suave que llegaba hasta el suelo. Era de piedra blanquizca y de él colgaban largos matojos de hiedra. Por encima, donde el viento había acumulado capas de tierra, crecía un árbol bajito, pero de copa ancha y con un tronco inusualmente grueso. Con las raíces, como si fueran tentáculos, se abrazaba al arco. Debajo de las raíces, colgaban unas redes verdes. Desde el árbol, por la ladera, ascendían unos jinetes: minúsculas figuritas montadas en animales achaparrados de cuellos largos.

Por encima del ruido del agua, se oyó una voz femenina; por el talud rodaron algunos guijarros.

El dirigible quedó suspendido de lado frente al despeñadero. El recipiente de gas, enrollado en una malla de cuerdas, parecía un amasijo de todos los colores del arco iris. Entre las láminas de hojalata, claveteadas a la carrocería del autobús, se veían unas ventanas enrejadas. La hélice de la popa ya no giraba.

El agua continuaba cayendo, las gotas me salpicaban el cogote y la espalda. Por suerte, el río no era demasiado profundo ni turbulento, si no, me habría sido imposible mantenerme ahí sentado.

Chirriando, la puerta plegadiza se abrió y en el hueco apareció un enano. Patituerto y de hombros estrechos, vestía un pantalón corto de cuero que le quedaba anchísimo y le llegaba por la rodilla; la camiseta, con un agujero sobre la prominente panza, estaba cubierta de lamparones de aceite. En la oreja llevaba un pendiente de oro y en el

pecho, una bandolera cruzada con cuatro cuchillos. En la frente tenía tatuado un ojo abierto con una pupila redonda y oscura.

Con una mano, el retaco se agarraba al marco de la puerta, y con la otra sujetaba una botella de cuello largo. Tras levantar la cabeza, le dio unos tragos y soltó un hipo.

—Bueno, ¿qué tal se siente uno colgado de la ladera del monte Crimea? —gritó mirándome con unos ojos increíblemente claros y vidriosos—. ¡Te lo juro, chaval, pareces idiota perdido!

—¡Y tú pareces un enano patituerto pilotando un dirigible! —respondí con un grito ronco, y mi propia voz me resultó extraña, desconocida.

Esbozando una sonrisa maliciosa, el enano vació la botella de un trago y la arrojó contra mí, pero no me alcanzó; dando vueltas y brillando al sol, la botella se zambulló en el torrente de agua bajo la roca.

Arriba, se volvió a oír una voz, pero el ruido del agua no me permitía distinguir las palabras. El dueño del *Cabotaje* le hizo a alguien una señal con la cabeza, retrocedió y se adentró en la barquilla.

El motor arrancó y el dirigible se apartó del despeñadero ganando altura. El enano apareció de nuevo y me tiró una escalera de cuerda, que agarré con ambas manos. La escalera cedió, acto seguido se tensó y me impulsé con las piernas para separarme de la roca.

Al mecirme colgado debajo del dirigible, vi que en la parte inferior del autobús-barquilla había soldada una gran caja de malla metálica que contenía el motor. Una cadena de engranajes conectaba el motor de impulsión con el eje trasero, que en cada uno de sus extremos tenía una rueda cubierta de barro negro, y de ahí el movimiento de rotación se transmitía a la hélice de aspas anchas que traqueteaba en la parte trasera del autobús.

El motor rugía, la caja metálica temblaba, la transmisión emitía zumbidos. El *Cabotaje* ascendía a lo largo del despeñadero. Empecé a trepar. Los dedos enseguida comenzaron a dolerme, y sólo entonces me di cuenta de que tenía los nudillos rojos e hinchados y de que mis uñas estaban negras y astilladas. O bien me había peleado hacía poco, o me

habían retorcido los dedos y me los habían aplastado con un torno de banco. El dolor en la nuca se atenuaba a veces, después se volvía a agudizar y se me turbaba la vista. También tenía la sensación de que todo lo que había a mi alrededor estaba cubierto por una neblina que me invadía la mente en oleadas y no me dejaba hilar los pensamientos.

Cuando la catarata quedó abajo, el dirigible empezó a dar la vuelta. Curioso, ¿cómo modificaría el enano la fuerza de sustentación para hacer que su máquina subiera y bajara?

En la orilla del riachuelo, junto al barranco, se había agolpado un grupo de personas encabezado por la mujer tatuada. Dándoles la espalda, me agarré a las láminas de la puerta plegadiza, y fue entonces cuando vi que un enorme revólver me apuntaba a la cara. Al dueño del dirigible le costaba sujetarlo con una mano. Estaba plantado a un paso de la puerta, al lado de un grueso tubo oxidado que salía del suelo y llegaba hasta el techo del autobús. La otra mano, en la que sostenía un cuchillo, la había apartado hacia atrás, como si estuviera eligiendo entre pegarme un balazo o una puñalada.

—¿Para qué salvarme si lo que pretendes es matarme? —pregunté.

Durante unos instantes me estuvo observando con sus ojos vidriosos, después reculó y guardó el puñal en un ojal de la bandolera. Cada uno de los cuatro cuchillos era de un tamaño diferente: el más pequeño pendía más cerca del hombro, el más grande, abajo del todo. Y tenían un aspecto temible. Las empuñaduras eran de cuerno, las hojas estaban repletas de mellas...

—Pareces un tipo de los que sabe manejar bien los cuchillos —dije observando su desaliñada figura—. Mejor que las armas de fuego. No tengas miedo, no te voy a hacer daño, peque.

—¿Te gusta ultrajar a la gente honrada? —Sonriendo, el retaco se subió los pantalones cortos—. Peque... ¡Si te fijas bien en tu jeta empalagosa, te darás cuenta de que te doblo la edad! Escucha: Mira me ha pagado para que la traiga aquí con su tropa y no para que saque de las cataratas a inútiles como tú. ¿Y si se te antoja tirarme al vacío y marcharte con el termoplano?

—No se me antojará. —Tras trepar hacia el interior, me acuclillé de espaldas al hueco de la puerta—. Me has caído bien a primera vista. ¿Quién es Mira?

—Pues la guapetona aquella con la jeta tatuada. Oye, espera, grandullón, ¿acaso no la conoces? ¿Cómo puede ser? Si tú y ella... ¡Venga, vale, sube la escalera y quédate ahí quieto!

La cabina y la parte trasera del autobús estaban aisladas por unas láminas de madera contrachapada. En la sección del medio se extendían unos bancos a lo largo de las paredes. Por la puerta de la cabina se veía el timón de dirección, el asiento y unas palancas.

El tubo vertical, que unía el suelo con el techo, despedía calor. Calculé que la caja de malla metálica, con el motor dentro, estaba justo debajo. Alrededor del tubo había cuatro bidones de metal unidos por mangueras onduladas... Pues claro: ¡depósitos de combustible!

Me puse a enrollar la escalera de cuerda que pendía de dos ganchos en el suelo. El enano se metió en la cabina y subió al asiento por una pequeña escalerita postiza. Agarró el timón y con el codo movió una palanca. Mientras tanto, me miraba con el rabillo del ojo, sin soltar el revólver.

A través del techo agujereado, por el que se veía la parte inferior del recipiente de gas, se oyó un silbido. La barquilla se bamboleó ligeramente y el paisaje al otro lado de la ventana empezó a subir.

¿Acaso estaría soltando el gas del recipiente? ¿Y en el caso de queuviéramos que ascender, calentaría el que quedara con la ayuda del motor? Así no podría aguantar mucho tiempo, debería volver a cargar el recipiente.

—¿Qué, tienes envidia? —preguntó el enano asomándose desde la cabina con el revólver en ristre—. Máquinas como ésta sólo hay dos en todo el Erial. ¿Has subido la escalera? Entonces cierra la puerta. ¡Y quédate junto a ella, que te estoy apuntando!

El Erial. La palabra de pronto me trajo a la mente un vago recuerdo: tierras baldías, pueblos inhóspitos, vagabundos, granjeros y bandidos... ¿Así se llamaba aquel lugar? ¿Estábamos en el Erial? Pero el enano había dicho algo del Crimea. ¿Qué era el Crimea? Un

monte... Pues claro, había dicho «el monte Crimea». De ahí tenía que ser yo, del Crimea, pero...

Una ola de oscuridad me inundó la mente; el mundo circundante se enturbió, luego desapareció y cedió su lugar a una habitación mal alumbrada, en medio de la cual había de pie un hombre encorvado, con la cabeza apoyada en el hombro; en las manos sostenía una aguja larga y un gancho. Estaba diciendo algo, aunque su voz, áspera y vibrante, no parecía humana. En el cuello de aquella persona había un bulto, un tumor feo y anguloso. La puerta de la habitación se entreabrió, alguien estaba entrando... El pavor se apoderó de mí. Grité. Sacudiendo los pies y las manos, enarqué el cuerpo abrochado con cinturones al ver el gancho que se acercaba a mi cara y oír los chasquidos del aparato junto al camastro. Sentí el frío del metal en la nuca.

Y de nuevo apareció la barquilla del termoplano, pero esta vez la veía desde otra perspectiva; las paredes se habían inclinado y daba la impresión de que eran más largas. Ah, era porque estaba tumbado boca arriba, como antes en el bote, mirando hacia el techo. Por el hueco de la puerta entraba la corriente y se veían las copas de los árboles. ¿Estábamos descendiendo? No, ya no, las copas no se movían. Se oía el rumor del río y unas voces cada vez más fuertes; la femenina estaba dando órdenes.

—Oye, grandullón, ¿tan mal lo has pasado allí en la catarata? — Frente a mí surgió una carita arrugada—. Te desmayas y chillas como una doncella despavorida.

Tras alzar bruscamente la mano, agarré al enano por el cuello y lo atraje hacia mí. El cañón del revólver se me clavó en el pecho, pero lo aparté de un golpe y el arma se escapó de sus rechonchos deditos. Apretándole las muñecas al retaco, para que no sacara un cuchillo, pregunté con voz quebrada:

—¿Quién eres?

—¡El que te acaba de salvar la vida!

—¿Cómo te llamas?

—¡Soy Chuck, Chuck! ¡Mensajero, me dedico al transporte!

—¿Y yo cómo me llamo?

—¿Qué?! —Se extrañó el enano—. ¿Se te ha ido la olla, grandullón? ¿Cómo lo voy a saber si tú no lo sabes!

Al apartarlo de un empujón, me incorporé; de inmediato sentí un dolor punzante en los riñones y en las nalgas. ¡Maldita sea! ¿Me habrá quedado en el cuerpo algún miembro ileso? ¿Qué me había pasado antes de que me metiera en aquella barca?

La barquilla del *Cabotaje* pendía sobre las copas de los árboles. Por el hueco de la puerta se veía una cuerda que iba del dirigible hasta la copa más cercana. Las voces en el exterior se volvían cada vez más fuertes.

—Me habrán atizado un garrotazo en la cabeza —expliqué levantándome con dificultad—. O algo así. No recuerdo nada. Ni mi nombre ni...

Sentí un nuevo pinchazo en la nuca y me apreté la cabeza con las manos. Mi mente volvió a nublarse y, otra vez en la penumbra, me asaltó una imagen, aunque diferente: un largo pasillo de hormigón, débilmente iluminado por una pálida luz amarillenta, parpadeante, espeluznante... Por el pasillo caminaban dos tipos: uno era el de la cabeza torcida y el repugnante bulto en el cuello, y al otro no lo distinguía, tan sólo una silueta. Iban empujando algo y yo estaba encima. Abrochado con unas correas como antes, sólo podía levantar la cabeza para echarles un vistazo a mis torturadores. ¿Aquellos dos eran personas o mutantes? El del cuello torcido y el tumor parecía humano, pero al otro no lo conseguía ver bien...

Desde algún lugar incierto llegaron unas voces:

—Blas, ¿has visto a los nómadas en el Arco? Dentro de poco estarán aquí.

—Sí, sí, los he visto. Son demasiados, no vamos a poder con todos.

—Aupadme. ¡Chuck, arranca! ¿Dónde está mi hermano?

—Está aquí —respondió el enano muy cerca de mi oído.

—¿Está vivo? ¿Qué le pasa? Si lo has...

Las voces se apagaron, el espantoso pasillo de hormigón desapareció y tan sólo quedaron las olas turbias y oscuras que invadían mi mente.

Luego se desvanecieron y me di cuenta de que estaba sentado junto a la pared de la barquilla. Sobre mí se habían inclinado la mujer tatuada, de pelo corto, y un hombretón rubio y pecoso. Este último era joven, ancho de espaldas, con cara de bandolero; tenía la nariz torcida, una cicatriz debajo de un ojo y le faltaba un diente en el lado superior izquierdo. Llevaba un pantalón bombacho de lona negra y un abrigo corto gris parduzco con bolsillos postizos de cuero. La costura debajo de la axila izquierda estaba rota y a través del agujero se veía una camisa.

—¿De veras has perdido la memoria? —preguntó la tatuada.

Por el hueco de la puerta, uno tras otro, se iban adentrando en la barquilla hombres vestidos con chaqueta y pantalón de cuero negro. Todos llevaban cascos redondos con una herradura amarilla dibujada en la frente. Los Omega, recordé. Eran del Castillo Omega, un clan de mercenarios.

—¡Eh, soldadesca! ¡El último cierra la puerta! —se oyó la voz de Chuck desde la cabina—. La escalera, eh, subid la escalera, que despegamos, ¡rápido!

—Pero si no recuer... —empezó a decir Blas clavándome el dedo en el pecho, pero la tatuada le dio un codazo en el costado y el grandullón se calló.

Ella me agarró del hombro, se inclinó un poco más y, mirándome a los ojos, me preguntó:

—¿Recuerdas tu nombre?

Negué con la cabeza, me puse la mano en el cuello y tragué saliva.

—Dale agua —ordenó la mujer.

—Mira, en la cantimplora sólo llevo vodka —respondió Blas.

Sin darse la vuelta, gritó:

—¡Que alguien le dé agua! ¡Chuck!

—¡Apañaos vosotros mismos! —se oyó desde la cabina—. ¡Yo tengo que despegar! ¡Que cerréis la puerta! ¿Habéis soltado la cuerda del árbol?

El último que subió a la barquilla desplegó las láminas de la puerta plegadiza y todo se sumió en la penumbra. El suelo se meció; el

dirigible empezó el ascenso. Me endosaron una cantimplora y bebí unos tragos de agua tibia con un desagradable sabor a tierra. Luego Mira le dio una orden a Blas y éste, agarrándome por debajo de los brazos, me puso de pie.

—Llévalo a la parte de atrás —dijo Chuck, que acababa de salir de la cabina—. Allí hay un catre.

Afuera sonaron unos disparos apagados.

—¡Me van a perforar el globo! ¡El mutafago que os parió! ¡¿Por qué me habré metido en esto?! —El retaco corrió de nuevo hacia la cabina voceando—: ¡Disparadles! ¡Sicarios estúpidos!

Blas me arrastraba hacia el compartimento de popa. De pronto, el habitáculo se alumbró; los soldados habían abierto los postigos de una ventana del lado derecho. No todos estaban embutidos en cuero negro: tres de ellos llevaban ropa normal.

Los disparos en el exterior sonaban cada vez con más fuerza. Blas me empujó hacia un catre cubierto con una manta andrajosa, se quitó el abrigo de un movimiento, lo tiró al suelo y, descolgándose el arma del hombro, se dispuso a salir; pero lo cogí de la correa y tiré hacia mí. El grandullón se dio la vuelta, sujetando una carabina idéntica a la de Mira, con una hoja de cuchillo por bayoneta.

—¡¿Qué quieres?! —bramó.

—¿Quién está disparando al termoplano? —pregunté—. ¿Quién me persigue?

—¡Pues los nómadas! ¡Los mutantes del Desierto del Fondo!

—¿Por qué? ¿Quién soy? ¿Qué quieren de mí? ¿Quiénes sois vosotros y por qué me estáis ayudando?

Blas se sorbió la nariz rota, se la limpió con la manga y dijo:

—A ver, escucha, ahora no tengo tiempo para esto. Quédate ahí tumbado, Mira te lo explicará todo luego.

Se lanzó hacia la puerta. Quise pararlo y decirle algo más, pero no pude: de nuevo me asaltó el dolor y me invadió una ola de oscuridad.